

LOS MARINOS CANTORES

Juan Carlos Mondragón

*Dans le port d'Amsterdam
Il y a de marins qui chantent*

Jacques Brel

Nunca pretendí escapar con vida del mar del Norte y sus tormentas perpetuas; esa sería la agonía en purgatorio salado que me estaba destinada desde la infancia. Es entre hielos enormes y temporales encadenados donde puedo, mientras trabajo sin tregua sobre cubierta hasta caer muerto de cansancio, intentar olvidar recordando. Los otros fugitivos de aventura que me acompañan hablan idiomas de islas volcánicas, dialectos nórdicos que jamás cruzaron el ecuador al hemisferio sur, en lenguas guturales, porque ni los malasio se enrolan en las flotas malditas, que salimos tras criaturas marinas que nadie reconoce cuando entramos a puerto con la carga. Esa distancia medida por la violencia del oleaje hace que el mar del Norte se parezca al mundo tal cual fue alguna vez antes del Verbo, cuando los seres vivos estaban a medio concebir. Ellos y los que huyen como yo fuimos los únicos capaces de firmar el contrato desalmado como lo hice una madrugada.

Me entendí con el patrón que reclutaba a medias en un inglés aproximativo en el puerto de Ámsterdam. Había intentado varias veces antes del encuentro eso de morir provocando el suceso y sin lograrlo. El Infierno me cerraba cada vez que lo busqué las puertas en las narices. Lo aconsejable era seguir viviendo situaciones atroces, hasta que el cuerpo se decidiera a partir. Él decía en voz alta que faltaban hombres de valor dispuestos a partir embarcados a esa ruta, reincidía en el monólogo de acoso para enganchar tripulación. En ese momento lo que escuchaba era un desafío, si el mundo hablaba era un reto, así que le dije:

-Miente.

El tono mío era el de provocación a rostro descubierto, para entrar directo a la trifulca de suturas y sangre; gusto del gesto espontáneo sin considerar consecuencias, pero el capitán conocía las tribulaciones de borracho empedernido y se rió.

-Five years, sentenció dando la discusión por terminada, continuar bebiendo su alcohol, retocar esa historia repetida de mujeres de perdi-

ción y espectros de tripulaciones que cuentan los navegantes cuando pisan tierra firme.

Cómo sería la situación de ambigua, que ni siquiera se interesó en mi reacción estentórea y siguió con lo suyo. En esa indiferencia del desprecio comprendí que la incitación a la trifulca de nada serviría; esperé unos minutos para replicar desde otro frente, porque ninguno de los dos habíamos tornado la página a medio escribir del incidente.

Estaba recuperándome del fracaso y era humillante aceptar que la muerte me rechazaba en su remolcador de almas por temor al escándalo. Había una flota mortuoria que me evitaba con insistencia y mi deseo de traspasar a como diera lugar las últimas fronteras del remordimiento. Subí sin dormir a los barcos chatarra al borde del naufragio por avería, epilógando una extraña razón y despertaba inconsciente una semana después en un bote de fortuna y era rescatado por un mercante que pasaba al azar. "De milagro diabólico", me dijeron la segunda vez que ello ocurrió. Bebí sin medida hasta el agotamiento, pero de la misma manera que carecía de corazón, me faltaba el hígado para macerar en una cirrosis fulminante; todo lo que bebía lo meaba sin piedras minerales que desgarran la uretra en las trastiendas, los portales de madera dando a callejones con ratas y muelles con estibadores sindicados. Nada parecía marearme el criterio al punto de hacerme caer desmayado debajo de una mesa, sin recordar lo sucedido para haberme llevado a esa situación degradante. Pasé sin infección ni crestas de gallo las prostitutas más atroces de puertos de alternativa, en países africanos que olvidaron su nombre original, comidos por la lepra incurable de guerra y miseria. Cuando decidí una pelea que terminaría en muerte de alguno de los dos, mi mano se movía con una agilidad de instinto desconocida, habiendo incorporado el alma vengativa de un guerrero asesino; recuerdo que evité el cuerpo enorme del hombre enfurecido, y sin saberlo, sin premeditarlo, dirigí el puñal con certeza al corazón partido y que él sí tenía. Maté al parecer en justicia sumaria, sin siquiera parte policial: nadie se ofreció como testigo de cargo por la simple razón de que el cadáver había desaparecido cuando llegaron las autoridades, y acaso lo ocurrido había sido un sueño que nadie quería interpretar. El dinero faltaba en mis bolsillos, pero cada vez hallaba una moneda entre la mugre que me salvaba a último momento; me contrataban por siete días porque algún otro marino se afebraba hasta el delirio, había un seguro atrasado esperándome en la oficina de los Travel, y era así sin tregua ni reposo. Una regata de largo aliento contra otra cosa peor que el viento de la muerte y que la Muerte porque Ella decidió despreciarme.

Por eso la palabra del vikingo, el aspecto del capitán barbudo lo escuché como una ocasión única de alcanzar el final del camino entre los

dioses celtas. Tal vez la manera de morir del norte solo como lo pretendía, en un barco en dificultades a la merced del mar enfurecido, con fuego sabotado de combustible en la sala de máquinas; arrancándose de cubierta por un viento circular, yendo hacia la muerte, que no es el túnel luminoso que cuentan, sino el horizonte del mar que acoge los naufragos en vida. Tal vez esa configuración me convenía para hallar el ajuste perfecto: era lo que me aguardaba si tenía coraje para ir a su encuentro. Seguía vivo porque no supe hasta esa noche hallar la forma adecuada de la muerte y debería morir a la manera del norte, que ha de ser más brutal. Un drakar negro envuelto por las llamas puede ser más eficaz que un machete en la selva y un disparo a traición en una mesa de apuestas.

Al no tener vida con sentido ni noción del futuro, lo que sucedería mañana debería construirlo hoy en el minuto que viene. Hoy jamás me daría otra oportunidad que esa y el tiempo huía; estando cerca de todas las fronteras, el instinto de muerte hizo saber que sería la sola oportunidad. Si la desaprovechaba pasaría una eternidad hasta topar con otra. Era la coyuntura del quiebre y por eso la cuento. Los otros enganches para embarcarme me depositaban en febrero arrastrándome al calor del sur, tirándome a los arrabales de los carnavales calientes; de cuando la vida y el mundo se dan vuelta por varias semanas, que detestaba por razones sin cicatrizar. Si había escuchado bien entre el alboroto del antro, los viajes prometidos cerraban el triángulo del congelamiento. La suspensión del tiempo cíclico en el hielo del que todos hablan y pocos conocen en carne propia. Las condiciones de trabajo suprimían el intervalo entre trabajo y sueño, en mi situación para pensar en esas cosas que quise olvidar sin lograrlo. Había la posibilidad de matar el sueño y era inestimable en mi situación.

Hice la pausa apropiada para hacerme olvidar y algo por mí lo dijo.

-Seven years.

Nadie me oyó en la taberna excepto el capitán al que estaba dirigida la bravuconada. El lugar siguió en el ruido satánico y el entorno pareció congelado de repente, como si nuestro encuentro saliera de la escena que lo posibilitó. Diría si buscara ser claro que, como en ciertas películas vistas hace años en otra vida, los parroquianos y las mujeres circulando quedaban fijados en una intemporalidad ficticia. El capitán llegó hasta la mesa donde yo estaba, nada me reprochó y debería estar esperándome porque sabía de mí. Tenía noticias de primera mano de mi vagabundaje y era el mismo diablo de los mares reconociendo acólitos para su causa. Diría que me miró con misericordia y respeto; sin piedad, evaluando dolor y remordimiento, culpa y locura que me llevaron a responderle en desafío, que él aguardaba. Esperaba a uno sin saber que era yo.

Si la escena anterior fue de cine en blanco y negro, la siguiente resultó de antes de los libros impresos. El capitán llegó con la botella del pacto original y nos sirvió sabiendo que comenzábamos un largo viaje juntos. Sacó de la nada un papel que parecía impreso, el contrato de leyenda gótica donde las cláusulas son intraducibles y pueden modificar los términos a medida que se los recorre con la mirada, sin que inter venga la mano humana.

-Estaba buscando a alguien sin saber que era usted.

El capitán hablaba en su lengua incomprensible y debajo de su pecho yo podía leerle los subtítulos en inglés. Miré el papel sabiendo lo que faltaba para cerrar la trampa, escribí mi nombre o lo de él que me acordaba, agregué la fecha sin estar seguro del día, del mes y menos del año en que eso estaba sucediendo; reproduciendo la fecha que figuraba unos renglones más arriba y era un error, remitía a un pasado anterior a los hechos del sur. En ese estado de extravío en el tiempo, con la conciencia a la deriva firmé la única copia conocida del pacto.

-Lo que falta en esta circunstancia es la alianza con sangre.

-Eso es cuestión de pasado y sangre ya hubo, me dijo el capitán y tuve miedo que supiera. Mañana a las cinco de la madrugada en el último de los muelles, usted sabe de cual hablo porque suele visitarlo sin decidirse. Tiene dieciocho horas para despedirse de Ámsterdam. Con suerte no volveremos por aquí, me refiero a la ciudad, en menos de dieciocho meses.

-Dieciocho parece ser el número fetiche.

-Es un buen número. Es tarde para arrepentirse y ni la muerte impedirá que se suba a mi barco. No le explicaré nada sobre lo que tendrá que hacer una vez embarcado ni cuánto se le pagará, parece que no le interesa.

Sin responder preferí servirme otra copa de la botella. Lo que viniera mañana me tenía sin cuidado, quería que mañana llegara pronto y llevarme de Ámsterdam algo que me acompañara antes de emprender el viaje al norte inalcanzable.

Tampoco tenía a donde ir para cruzar la espera ni pretendía provocar una bifurcación en el azar del día. Ámsterdam se me parecía como la última parada, la ciudad con canales designada para despedirme del mundo. En eso se parecía a cierta visión que tuve en algún momento de Montevideo: era la ciudad a la que nunca más regresaría. La obsesión en pocos recuerdos y habiendo desestimado el conjunto de otras facultades, como la imaginación, la fantasía y los efectos, hubiera desarrollado una memoria fija y específica. En las escalas me movía sin salir de los perímetros portuarios y su aureola de existencia de paso, negándome a

cruzar las calles adoquinadas y las vías de los trenes de carga y la hilera de faroles alumbrando entradas a depósitos.

Quise hacer de esas las últimas horas con la coexistencia de la convivencia humana y despedida de la proximidad con gente que nada sospecha. Saqué del morral el plano de la ciudad y lo miré fijo menos de un minuto, cuando lo tiré a un costado tenía el detalle de la ciudad en la cabeza; era como si viniera allí de vacaciones todos los años, hubiera nacido en Ámsterdam y nunca hubiera salido de la ciudad ni un fin de semana. El tiempo era escaso para abarcarla en su totalidad y programé un trazado que me llevaría a los rincones de interés. Salí de la zona recurrente y la caminé siguiendo un orden aleatorio que formaba una figura, luego caminé y caminé hasta que amaneció y estaba al pie de la escalerilla pronto para subir al barco.

A pesar de la hostilidad pude haber vivido con la gente que crucé en mi deambular de las horas previas. Era estremecedor ver a las familias en las paradas de los tranvías, barcas lentas con grandes ventanales recorriendo canales y parejas aguardando en las terrazas a que se liberara una mesa en restaurantes italianos. De pronto, hasta ocurre el milagro de descubrir en una plaza a un grupo de muchachos tomando mate, como si esa plaza fuera la plaza de los bomberos de la calle Magallanes; hasta me acerqué al descuido, para ver si podía escucharlos en su conversación. Estaban concentrados mirando, cotejando lo visto en sus años de formación con el devenir del mundo, acaso preguntándose el sentido del ser uruguayo, la ínfima molécula de vitalidad en un mundo que nos va a deglutir. Tendremos la suerte de no ver el fin del mundo porque en algún año vamos a vivir la experiencia de evaporarnos, diluirnos en la memoria del universo amnésico, igual que Etruscos y Mayas, Charrúas y Androides fallidos de la primera generación.

La vida quería ponerme a prueba y a saber: observar la buena y perdurable relación entre mis acciones y la causa que la motivaba. Había que entender años de peregrinación y el encuentro de anoche, esa larga caminata en el borde de la existencia y la decisión de darle la espalda al mundo. Lo pensé miles de veces y creía poder olvidarlo. Si el capitán era en verdad el diablo, en medio del vagabundeo por Ámsterdam tenía la intención de ponerme a prueba. El temor que él tenía en relación a nuestro contrato no era que yo huyera como un grumete cobarde, valeroso en la borrachera y desgraciado al momento de honrar su palabra; lo que él temía, era la reconsideración de lo vivido, el remordimiento resultara más fuerte que la redención y terminara por matarme.

La trampa se ocultaba en esa reconciliación de la gente viviendo entre ella, en la marea baja de la sociedad holandesa mezclada con turistas. Eso que Ámsterdam era un bazar cosmopolita, como si la huma-

idad hubiera deseado hacer allí un experimento de metrópoli colonialista arrepentida. Un Arca de humanos probando que esa coexistencia es imposible; toda historia es probable en la convivencia entre turistas con pensión completa, y que para el resto está la guerra. Sin embargo la ilusión de la concordia persiste entre los crédulos; el sistema está ahí para recordar el odio que llega desde lejos, por eso en Holanda están los tribunales de los crímenes de guerra, no para todos, de los crímenes de la humanidad y no para todos, de los genocidios entre los bárbaros pero no para todos. El paisaje de despedida que observaba me tenía sin cuidado, *Ámsterdam* me reservaba el cuadro primitivo, mi visión privada de la bahía de Delfi y la ventana amarilla que atraviesa los siglos.

Deberían ser estudiantes ingleses de un buen colegio, no los punks que tanto hacen por la economía paralela de la destrucción sin futuro, ni otros iracundos de ocasión, que terminarán amasando un capital de usurero y cantado para su Graciosa Majestad. Sucede que eso ocurría cerca de alguna de las salidas del Metro de la ciudad; llegaba un rumor, había gente alrededor y en tales casos sigo de largo entre la indiferencia y el desprecio, pero allí me detuve porque el tinglado estaba dispuesto para mí. Esa escena callejera venía programada en el orden del universo para que yo pasara y me detuviera, que fue lo que realmente hice. Los miré, en dos segundos se procesaron los pases de la sorpresa a la evocación, de la remembranza a la identificación y del parecido hasta el pasado que pegaba fuerte. Era un grupo de muchachos, cinco creo, y cantaban al aire libre. Uno de ellos tocaba la guitarra, pero lo seductor era la técnica reducida y coral casi a capela. Cantaban canciones tradicionales de las islas y los siglos pasados; hasta ahí todo normal, pero sin proceso de reconocimiento porque tuve una iluminación escarlata con pústulas recobrando la escena reiterada de una pesadilla. Zapatos negros tipo mocasín, pantalones claros, rompe viento celeste de cuello alto, americana azul cruzada, abrochada con botones metálicos grabados con un ancla, y la gorra de marino; gorra de marino de embarcación de placer, capitán de hobby, falsos marineros de agua dulce y yate del padre comerciante de materias primas africanas en el Támesis. La idea era la coral de los comandantes de barcos de breve eslora y pequeño calado. Habiendo firmado para enfrentar la más ruda de las disciplinas del mar, me hallaba en una suerte de caricatura de mi decisión. *Ámsterdam* se reía de mi solemnidad patética, probándome la comedia que supone toda empresa que pensamos devastadora. Esos muchachos ingleses estaban ahí para decirme que ir al norte por siete años era una buena cosa, pero por más que me fuera lejos hasta salir del mundo conocido, el recuerdo causante de la huída persistiría flotando. A la manera de una culpa insumergible, una mina flotando y esperando ser detonada.

En la infancia, *Ámsterdam* era una calle y el nombre de una tribuna popular del estadio Centenario, en recuerdo de la olimpiada de 1928 cuando Uruguay se consagró por segunda vez consecutiva campeón olímpico de fútbol. Otros pueblos cantan su pasado en iglesias y sinfonías, a nosotros nos tocó contarlo en goles sobre la hora y copas ganadas en finales épicas. En ello resultamos de lo más modernos si consideramos la evolución de las sociedades occidentales, en cualquier ciudad en la que el cuadro local y los titulares de la plantilla le devoró la memoria. *Ámsterdam* estaba a pocas cuadras de *Verdi*, la calle a donde fuimos a vivir después que yo nací. Mis padres, que ya tenían una hija de tres años, cuando llegué al mundo decidieron mudarse a una casa más grande. Por entonces las clases trabajadoras vivíamos en casas con balcones y el barrio era el mundo. El desconocimiento era fuente de certezas, ello suponía que en el perímetro de pocas manzanas se reprodujera la totalidad de la ciudad y el planeta. Por entonces el mundo estaba en guerra, del que huía la pobre gente que venía a vivir entre nosotros. El mundo era el mundo violento y la paz nuestra monocorde era el precio a pagar para quedar fuera de la batalla encarnizada. La guerra era un espectáculo de documentales en los cines y el relato posterior de batallas decisivas, la admiración de materiales: aviones caza, acorazados de bolsillo, cascos, tanques y bayonetas, cañones y fusiles automáticos que remedaban esa fascinación de niños ante una juguetería. Tampoco nos planteaba pruritos morales porque teníamos la verdad de nuestra parte; los otros decidían del mundo por nosotros, nada teníamos en el subsuelo ni en la superficie que fuera codiciado para que nos atacaran, excepto la indiferencia y los rebaños de vacas en el campo. No llegué hasta aquí para plagiar la frustrada novela de la infancia, y es necesaria la calle *Ámsterdam* por esa coincidencia que contienen los nombres. Para entender el resto alcanza con retrotraernos a una circunstancia y el transcurrir de algunas horas.

Una noche como tantas otras de verano, pero que es esa noche y la alegría breve del carnaval: el mundo se da vuelta, las personas se dan vuelta, la vida se da vuelta. Dicen que para que un milagro se produzca hacen falta millones de casualidades encadenadas y para el horror hay algo parecido en los preámbulos. Lo pensé miles de veces, y aparte de mi falta el episodio es el resultado de una enorme casualidad. El cambio es la circunstancia que comienza a ser foco en ese año preciso de mis diez años. El barrio donde vivíamos era tranquilo y modesto. Hubo por eso un pequeño alboroto cuando, con el apoyo de varios comerciantes de la zona, ese año se decidió levantar un tablado callejero. Sin pretensiones y para que la gente sin recursos se divirtiera un poco. Libre, al aire libre, en la calle *Ámsterdam*, aquello duró tres semanas y el resto de mi vida. Uno

de los promotores más activos se las ingeniaba para recaudar fondos entre vecinos y en pocos días venía de más en más gente de los alrededores. Hasta se acercaron al tablado varias agrupaciones que competían por los primeros premios de las categorías.

Esa euforia barrial era el teatro propicio para que llegara la noche que nunca debió existir. Nosotros nos hacíamos de vez en cuando alguna escapada al tablado en familia, pero llegó el aniversario de nuestros padres, el de su casamiento, y papá decidió que llevaría a comer afuera a mamá, en la parrillada que venía de abrir como anexo de "El Submarino Peral". Nosotros nunca salíamos a comer afuera y ellos eran jóvenes para seguir en la pasión, nos dieron instrucciones ya que nos dejaban solos y salieron; dijeron que serían apenas un par de horas, nos quedaríamos tranquilos y los esperaríamos. Mamá dejó para mi hermana y para mi una pizza casera con aceitunas. Mi hermana mayor sabía manejar el equipo de audio y yo tenía revistas de El llanero solitario, Cisco Kid y Archie que había canjeado esa mañana misma. La casa era grande sin ser inmensa, era enorme mirada desde la infancia. Alta en la fachada, con una puerta de dos hojas y dos ventanas bajas con balconada de columnas que daban a la calle. El resto era una disposición para vivir en una época donde escaseaba el tiempo libre y el domingo era cosa seria. Lo que decidió a mi padre para comprarla en cuotas fue la superficie del terreno; área extensa y agradable pero que resultó la falla de la esperanza. El espacio era de libertad para algunos conejos, tender la ropa de cama, plantar flores; era la exposición de nuestra vida familiar y la fisura por donde se introdujo el horror. Tanta preocupación por la cerradura de la puerta principal, y el fondo era una malla abierta a lo que se esconde hasta ser invisible. Como si los males que luego se desataron hubieran encontrado el lugar donde anidar, destruyendo privacidad e inocencia.

Yo leía por costumbre las revistas de vaqueros, prefería las de Zorro enmascarado cuando se hablaba del tráfico marítimo colonial por la plata de México y las de piratas en el Mar Amarillo. De alguna manera, con esas lecturas me embarcaba para el norte y nunca imaginé la naturaleza del canto de las sirenas a la espera para decidirme a partir sin pensar en regresos. Creo que nunca salí de esa condición infantil y quedé fijado en aquella noche de verano. Buscar en la actualidad morir como un vikingo de la edad media, más que una prueba de guerrero de coraje es el deseo de morir en la infancia, evitándole al adulto la ocasión del remordimiento. La felicidad en un momento se vuelve pesadilla y lo puedo determinar con precisión, evaluar el presente excepto el pensamiento y la espera del otro. Eso era la noche del monstruo en latencia; puedo describir segundo a segundo ese minuto previo, el calor sofocante de la noche lo siento cada vez que sueño con aquello, cada noche de mi

vida. Habiendo puesto atención a la manera como estaban vestidos mis padres, nada me costaba imaginarlos en la parrilla anexa a “El Submarino Peral”, compartiendo un momento de felicidad; ella removiendo la ensalada de lechuga y tomate con cucharas de madera, luego de verter un chorrito de aceite y mi padre sirviéndole en la copa un poco de vino rosado. Mi madre hasta podría decir “basta amor, basta que después se me sube a la cabeza” y mi padre peinado con Glostora, siempre cortado por timidez para decirle las cosas del querer; mi hermana en nuestro cuarto, sería el último verano que dormíamos juntos porque los dos hemos crecido, tirada en la cama, leyendo fotonovelas que recuperan los teleteatros argentinos, pensándose una de las heroínas asediadas por las malas pasiones y distanciada del amor verdadero por prejuicios sociales.

Yo estaba antes del minuto fatal escuchando la radio, había comido mi parte de pizza con aceitunas y sacando del congelador un helado casero de vainilla que mamá preparó esa tarde. Escuchaba audiciones del carnaval en directo de otros puntos de la ciudad, y esperaba no dormirme antes de que mis padres regresaran. Quería escuchar a los cómicos zafados de “Los Capablanca” y a “Yo quiero dormir con mamá”. En esos años irrepetibles escuchar la radio era mi manera de viajar, el barrio era el mundo pero había otros mundos que quedan al final de los taxis, en las destinaciones de los tranvías después que se agotan la combinación de dos ómnibus. El mundo sería lo ocurrido una noche en la calle Verdi. Eso fue en el minuto previo; en el minuto ese fue que escuché en la radio la sucinta programación de los tablados para esa noche.

En la calle Ámsterdam, a trescientos metros de donde estaba en el minuto previo al momento fatal, se anunciaba que venían “Los marinos cantores”. Había escuchado algo de esos vocalistas de las noches de carnaval, el nombre del conjunto me hacía partir en aventuras que las sentía como auténtica vocación. La vocación es una voz, una voz que es invitación y orden, la voz que tiene la posibilidad de cambiar la vida, la voz esa podía ser de un ventrílocuo: pensamos que viene de la felicidad y proviene del estómago de la fatalidad. Esa voz y la información me informaban que estaba ante mi primera posibilidad de aventura, quería ir a ver a “Los marinos cantores” en la hora siguiente. Era bien cerca de casa y el minuto previo a escuchar la noticia resultaba tan perfecto, que nada malo podría ocurrir. Fui hasta donde estaba mi hermana y le dije: “salgo unos minutos”. Ella me dijo que no tenía permiso y pensé que eran asuntos de chicas; concentrada como estaba en la lectura nada malo ni aburrido podría ocurrirle, así que tampoco me preocupé demasiado. Claro que yo era un niño, pero hubo un tiempo en que un niño podía a mis pocos años andar de aquí para allá en el barrio de la calle Ámsterdam sin que le pasara nada de excepcional, como era el caso. Salvo el

primer día de la escuela después yo iba solo, hacía los mandados para el almuerzo en el almacén de la calle Mahoma, salía a casa de los amigos, llevaba los zapatos a arreglar a lo de los polacos. Así que esa salida no tenía nada de particular; conocía en detalle cada una de las casas que llevaban desde nuestro domicilio hasta el perímetro colonizado por la actividad del tablado improvisado. Con esa noche no podía pasar nada malo.

Salí de casa y tal vez fuera verdad que apenas cerré la puerta con el picaporte. Una vez tomada la decisión, y suponía que mis padres estarían orgullosos de mi comportamiento de adulto, lo que mandaban eran los pies. Fue muy de prisa pues el camino era fácil y vivíamos cerca, tomé a la derecha, cuando llegué a la esquina volví a doblar a la derecha y llegué a la bocacalle, hasta me daba el lujo de tomar por los atajos de las plazas; allí y a la izquierda estaba la calle cortada y casi todo el vecindario y gente que venía de otros barrios cercanos. El primer tablado grande estaba como a catorce cuadras, en la sede de un club de basket de la primera división y había que pagar entrada como si fuera un cine. El decorado del escenario estaba a medio camino de las máscaras y la publicidad. La gente disfrutaba de los números que venían a dar su actuación corta pues había poco dinero para pagarles, estar ahí en la alegría colectiva era lo mejor que podía pasarles. Llegué en silencio, había en el escenario una murga chambona que andaba por la despedida y la gente estaba entusiasmada. Al final y luego del saludo, el director y la batería no se quedaron para el solo en el escenario, pero agradeciendo a un público generoso en los aplausos, caminaron despacio hasta el camión, y se siguió escuchando el redoble hasta que el ruido del motor del camión se perdió en la noche y el técnico dinamizó los altoparlantes. Yo pregunté si habían llegado “Los marinos cantores”. La gente me decía que no y circulaba el rumor de que venían atrasados; rumor sin verificar, que se avanzaba para matizar con una explicación aceptable el tiempo largo de espera entre los números. Al comienzo me preocupó el atraso, atentaba contra mis planes de una salida y retorno rápido. Conocía los rincones de esa calle y me las ingenié para ir de aquí a allá, saludando vecinos, charlando ya ni recuerdo de cuáles asuntos.

Dan las nueve dijo alguien, mi dominio de la situación se transformó en preocupación y temor a ser rezongado si llegaba a casa después que mis padres. Mala suerte pensé, y tenté volver a casa cuando, detrás del escenario, se escuchó el rumor de que algo estaba pasando; si hubiera sido una agrupación de parodistas habría regresado a casa. Otro rumor ahora cargando de la certitud decía los marinos cantores, los marinos cantores, los marinos cantores, repitiendo el nombre del barco que entra a Nantuked después de tres años de navegación entre los monstruos del

mar. Ello me sacó del circuito de las responsabilidades y decidí quedarme. A lo lejos distinguí al marino de la guitarra, es el flaco Romeo dijo alguien bien cerca de mí; aproveché de mi cuerpo pequeño para ir avanzando, sin hacer caso de los rumores avanzaba, no hice caso del anuncio del locutor y avanzaba: tampoco de los aplausos de los espectadores cuando ellos subieron al escenario; avanzaba, sin mirar con claridad pero avanzaba y cuando arrancaron con la primera canción estaba instalado junto al escenario, y aunque lo hubiera deseado era imposible retroceder. No debería recordar esa actuación, si la recuerdo es para negar lo que ocurrió. Son sin importancia las calidades vocales y las canciones de un mundo que dejó de existir. Seguro que tampoco eran marinos, pero la condición del disfraz uniforme, la navegación actuada de la aventura marina y de la libertad del barco de papel que daban con una gorra ladeada lograba fascinarme. En tierra de gauchos, vacas y caballos, el ancla bordado evocador en el bolsillo de la chaqueta, de hilos dorados, era la aventura y el deseo de ir hasta el fin del mundo. Sin la cara pintada ahí no estábamos en carnaval sino a bordo de un viaje sobre el que ignorábamos los puertos a tocar. Estaba viendo mi partida, el viaje eterno y en el mar el tiempo pasa a contracorriente. La gente pedía y ellos respondieron con dos canciones más, una de ellas fue "Parisina".

Hasta que de pronto terminó la actuación y se hizo la noche. Quería regresar rápido, temía preguntar la hora que era, el tiempo pasó y la travesía había finalizado. La gente se movía salvándose del naufragio, comenzaba a marcharse y la facilidad que tuve para avanzar se volvió impedimento. La multitud tenía la otra esquina como horizonte, parecía que sólo había una pequeña salida y alguien levantó un control, una vigilancia innecesaria. La lentitud del acomodo que conocía de otras noches viró a la brutalidad de la cosa que se detiene. Se cortó la música y apagaron las luces. La noche volvía a mandar y yo avanzaba como podía, tratando de organizar las explicaciones que debería dar. Con la oscuridad me percaté de que en alguna parte había un error irremediable y presentía estar en una de esas noches que se recuerdan de por vida.

De las canciones de los marinos cantores pasé a los ladridos de un perro. De la comunión festiva con la gente con comida y un saquito de lana por si refresca, a un frío de otra naturaleza. De la ilusión de entrar a puerto cuando sale el sol, llegan los barcos de pesca y se adivinan los tenderetes del mercado en los bordes del muelle, crucé a la creencia de caminar en una calle abandonada. Los vecinos estarían descansando y desaparecieron de la faz de la tierra. Hacía fuerza imaginada para huir de esa soledad, quería pensarme adulto con barba y un bolso de lona apoyado en cubierta; regresar a Ámsterdam, pero a la ciudad holandesa y lejos de la calle Verdi, donde mi familia estaría preocupada por mi

ausencia. La hora exacta la extravié, ni había manera de conocerla; del rezongo pasaría al sopapo justificado que nunca me habían dado, podía imaginar a mi madre saliendo a buscarme al tablado fantasma y a mi padre yendo a la comisaría del barrio, llamando a los hospitales por si un auto me hubiera atropellado. El regreso estaba marcado por el rumor de la catástrofe, todas las posibles menos la verdadera. Me escuché caminar mientras hice la distancia de la calle cortada por el tablado, me veo corriendo la segunda cuadra tomando a la derecha y cruzar la calle, sin atender el tráfico reduje la marcha cuando llegué a la calle Verdi. Entendí la transfiguración y durante mi ausencia, vi que la gente sabía, era en nuestra cuadra, advertí luces de un auto patrullero y supe que estaba delante de mi casa. Era imposible que hubieran entrado ladrones, en nuestro barrio no había problemas con los ladrones. Tuve deseos de huir y sólo podía avanzar hacia delante. Había dos únicos asuntos en el mundo: explicar mi ausencia y saber que ello contribuyó a explicar la presencia del patrullero en la puerta. Me acerqué pegado a los árboles como un perro culpable y fui el primero en verlos. Mis dos padres lloraban desconsolados y yo sin entender; en otro mundo ideal se suponía que ellos estaban festejando su aniversario de casados. La cabeza no me daba para entender, en ese llanto y en mi ausencia había un reproche que me perseguiría hasta el fin del mundo. Cuando me acercaba llegó la ambulancia y unos enfermeros abrumados entraron en la casa. Un policía uniformado estaba instalado en la puerta y entonces en el segundo infinito, mi madre cayó al piso en un ataque de dolor incontrolado. Alguien del vecindario me reconoció, porque gritaron por dos veces ahí está el hermano menor, ahí está el hermano menor, y entonces crucé la mirada de mi padre por última vez en la vida.